

TORRE

Amarilla

JUANA AZURDUY

La fuerza escondida

Paula Bombara

Ilustración de tapa

Juan Pablo Zaramella

Ilustraciones interiores

Diego Simone





JUANA AZURDUY

La fuerza escondida

Bombara, Paula

Juana Azurduy, la fuerza escondida / Paula Bombara ; dirigido por Laura Leibiker ; editado por Laura Linzuain ; ilustrado por Juan Pablo Zaramella ; Diego Simone. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2019.

136 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Torre de papel amarilla)

ISBN 978-987-545-747-8

1. Narrativa Histórica. I. Leibiker, Laura, dir. II. Linzuain, Laura, ed. III. Zaramella, Juan Pablo, ilus. IV. Simone, Diego, ilus. V. Título.

CDD A863

© Paula Bombara, 2019

© Editorial Norma, 2019

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker

Edición: Laura Linzuain

Asesoramiento histórico: Laura Ávila

Corrección: Roxana Cortázar

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Romina Rovera

Gerente de producción: Gregorio Branca

CC: 61086633

ISBN: 978-987-545-747-8



JUANA AZURDUY

La fuerza escondida

Paula Bombara

Ilustraciones

Juan Pablo Zaramella y Diego Simone

Asesoramiento histórico

Laura Ávila

Norma

www.edicionesnorma.com

A Liliana Bodoc.

*Sí, Señor, ya es llegado el tiempo de dar rienda
suelta a los sentimientos que abrigan en su
corazón los habitantes de los Andes, para que los
hijos de Buenos Aires hagan desaparecer
la rivalidad que han introducido, adoptando la
unión y confundiendo el vicioso orgullo autor
de nuestra destrucción.*

Manuel Ascencio Padilla, Carta a Rondeau,
La Laguna, 21 de diciembre de 1815.

*Me enamora la patria en agraz,
desvelada, recorro su faz;
el español no pasará,
con mujeres tendrá que pelear.*

Félix Luna, “Juana Azurduy”, 1969.

La niña sin nombre

El hombre viejo miraba a la niña sin nombre. Mientras tanto, preparaba la mula.

Preparaba la mula y recordaba cómo, varios meses atrás, la niña se había pegado a su sombra y a la sombra de sus cosas.

Quién sabe cuánto tiempo antes de que él lograra descubrirla, ya andaba ella por ahí.

Nada se sabía sobre su origen; ni de dónde había salido, ni cómo se llamaba, ni cuántos años tenía.

Sabían sí que hablaba quechua y que tenía dos talentos, el de imitar las voces de los animales y el de vivir sin ser vista.

A lo largo de esos meses, él la había alimentado y ella lo había acompañado, manteniendo siempre una distancia.

Aun en ese día tremendo, el de la Revolución de Chuquisaca, lleno de gritos, piedras y confusión, la niña se había quedado cerca.

Delgada, veloz y bajita. Silenciosa, curiosa y arisca. Nunca había tomado más de lo que necesitaba para sobrevivir.

El viejo ajustó la carga al lomo de la mula pensando en que la pequeña le recordaba a una joven a la que quería como a una hija y, a la vez, como a una madre.

Esa mañana, el sol quemaba tanto que aplastaba las cabezas y acortaba los cuellos. Por eso los movimientos del hombre eran tenues, delicados.

Movió los ojos con la columna quieta.

Movió los brazos con la columna quieta.

Y con la columna quieta, silbó.

El cuerpo le dolió cuando el aire salió del pecho.

Sabía que la Pachamama pronto le daría el beso de la tierra, pero antes él quería dejar a la niña en la hacienda de Toroca, al cuidado de los Padilla.

Ella escuchó el silbido, miró hacia arriba y vio el sol, pero adivinó al viejo.

La mula cargada ya se perdía en el verde del cerro.

La niña se apuró. El silbido había sonado como salido de un cuerpo roto.

P'akisqa, murmuró, mirando el suelo.

Las casas blancas de Chuquisaca quedaron atrás.

No hablaban, ella y el hombre. Nunca habían conversado. Silbidos para llamarse, chistidos para

despedirse, y algunos cuentos inesperados en la voz de él, si necesitaba aliviar recuerdos.

Cuando el viejo contaba esos cuentos, ella tomaba las palabras y las ataba con fuerza a su memoria. Las repetía después muchas veces; en las noches se las decía a los yuyos, a los mosquitos, a las culebras.

No sabía usar las palabras más que para rehacer los cuentos del hombre viejo.

Esta niña entendía mucho con muy poco. Y a los patriotas eso les había dado una ventaja muy grande la última vez. Ella los había ayudado, casi sin darse cuenta, a atrapar a Chairari, el cacique traidor.

2

Toroca

El camino no era largo ni complicado pero el viejo tropezó dos veces.

La niña, sin acercarse, se puso alerta, dispuesta a ayudar. Pero no fue necesario: el hombre chistó, enojado con sus pies.

Chistó una vez por cada tropezón; y entre ambos, le dijo:

—Hace tiempo los cóndores me hablaron. ¿Sabe para qué? No, qué va a saber. Ellos vuelan tan alto y tan lejos que pueden cruzar el tiempo. Mi pelo todavía era negro cuando me hablaron. Yo estaba allá arriba, ve, en lo alto, y se vino la noche. Así que me quedé hasta el día siguiente: nada hay como los colores del *sut'iyay*. Ninguno de los que hacemos acá en la tierra se acerca a los colores que logra el sol. Y ahí estaba yo, en la cima, cuando sentí la palabra del

cóndor avisándome que habría un día en el que me iba a tocar ser parte de la unión entre dos almas gemelas. Sabe que yo pensé que ese día ya había pasado, cuando vi con mis propios ojos a los Padilla sellar su matrimonio con un beso, pero hoy ese cóndor del cielo me dice otra cosa. Me dice que ella y usted...

La niña levantó los ojos para ver el cóndor y el hombre tropezó con una raíz. Chistó por segunda vez, enojado. Y luego hizo silencio. Las palabras que no dijo quedaron selladas entre los labios del viejo. Las que sonaron estaban aún calientes en la cabeza de la pequeña, intensas como los colores del amanecer, dándole vueltas en la sangre hasta llegarle al corazón. *Ella y yo, ¿qué?*, se preguntó entre latido y latido.

En la entrada de la hacienda de los Padilla una mujer amansaba a un potro. El hombre viejo susurró *Juana*, y se sacó el sombrero.

La niña se escondió detrás de unos arbustos. No le gustaba ser descubierta con facilidad.

La mujer hacía caracolear su caballo, lo llamaba a galopar, lo frenaba de pronto. Parecía unida a él, de tan ágiles y naturales que eran sus movimientos. Cuando vio al viejo, frenó y desmontó. Se notaba que sentía un gran afecto por él, tanto como si fuera su abuelo. En pocos pasos, estuvo cerca.

—¿Qué lo trae a Toroca, *taytaku*? —preguntó, luego de unir la mano y el brazo al de él y sonreír ambos con el mismo gesto.

—Le traje un alma inquieta.

Juana miró fijo al viejo. Al instante supo de quién hablaba.

Hablaba de la niña invisible, la pequeña sin nombre. La que había ayudado a que Chairari no siguiera colaborando con el gobernador realista de Chuquisaca. Manuel, su esposo, le había hablado de ella, de lo útil que había sido contar con los sonidos de animales que la niña reproducía sin esfuerzo cuando el hombre viejo se lo pedía.

Juana lo invitó a entrar, pero el hombre dijo que no, porque esa alma que traía desconfiaba de los espacios cerrados, y él no quería que desconfiara de ella.

Cuando ataron los animales al palenque, Juana se acercó a la mula y descargó los bultos. Eran medicamentos, cartas, telas que le mandaban de la ciudad.

Mientras revisaba los paquetes se supo mirada. Llamar la atención de aquella criatura misteriosa le gustó. Para que la escuchara, habló de cosas simples, de cosas ciertas, comentó novedades.

—¿El señor? —preguntó el hombre viejo en un momento.

—Anda por ahí, no sé dónde. *Pakakura*. El gobernador dio orden de que lo metieran en prisión, así que partió, oculto por la noche, hace unos días.

—Mataron a mucha gente nuestra en La Paz.

—Me contaron. Hay que andar con cuidado.

La pequeña observó, escuchó; en la voz vibrante de la mujer reconoció algo que no supo nombrar.



Finalmente, dejó que los ojos de ella la alcanzaran. Cuando se miraron, la mujer no dudó y, sin acercarse, fue directo al corazón de la pequeña.

—El padrecito me está pidiendo que la cuide. Así que quédese en Toroca, cerca de mí. *Ama manchay-chu!* Usté y yo nos vamos a entender.

Juana tendió la mano hacia la niña, pero ella no la aceptó. Con los ojos más filosos que nunca, le clavó una mirada que provocó en la mujer un temblor. Después, rugió como un puma, se ocultó nuevamente detrás de los arbustos y ahí se quedó, agazapada y desafiante.

Le había dicho que no tuviera miedo. ¡Claro que no iba a tener miedo!

Amarilla

TORRE

A partir de los 11 años

HISTORIA

JUANA AZURDUY

La fuerza escondida

Paula Bombara



Su vida familiar y su lucha durante las guerras de la independencia.

Hija mestiza del Alto Perú, madre y guerrera. Su sueño era la libertad, para las personas y para la Pachamama. Y esa libertad, en el tiempo de las revoluciones, significaba expulsar a los realistas de nuestra tierra. Por eso, junto a su esposo Manuel Padilla, se unió a los ejércitos patriotas. Como las heroínas de La Coronilla, como las luchadoras de todo tiempo y lugar, Juana cabalga e irradia su fuerza por los pueblos de América.

 Norma

www.edicionesnorma.com/argentina



61086633